

CAPÍTULO III

CONMEMORACIÓN ANUAL DE LOS DIFUNTOS OSM

69. Cada año, el 17 de noviembre, u otro día si alguna Provincia ha obtenido para ello la debida autorización, se celebra la conmemoración de todos los difuntos de la Orden: hermanos, hermanas, padres, parientes, laicos afiliados a la misma, bienhechores.

70. Se celebra la Misa "*Deus, qui suscitavit iesum*" (Dios, que ha resucitado a Jesús), propia de la Orden. A esta celebración, que tendrá el carácter de fiesta sobria, podrán tomar parte los hermanos y, posiblemente, las hermanas, los parientes y los amigos de nuestras fraternidades.

71. Para la celebración de la Liturgia de las Horas se usa el Oficio del 17 de noviembre, propio de la Orden.

72. La celebración del Capitulo provincial constituye además una ocasión especial para recordar a los difuntos que en una u otra forma han estado ligados a la comunidad provincial. Es por tanto laudable, la costumbre introducida en muchas Provincias y Vicariatos de recordar a los difuntos en la celebración eucarística inaugural del Capitulo y, de celebrar, en el transcurso del mismo, una misa de sufragio por ellos.

APÉNDICE I

EN TU LUZ VEREMOS LA LUZ

VIGILIA DE ORACIÓN POR LA MUERTE DE UN HERMANO

73. Con ocasión de la muerte de un hermano o de una hermana, en lugar de la "Celebración de la Palabra de Dios", como ha sido presentada en los números 12-24, puede tener lugar un encuentro de oración. Con este propósito se dan aquí algunas sugerencias y se proponen algunos textos. Tales formularios podrán ser utilizados tanto por los hermanos que se reúnen alrededor del Cuerpo del Siervo o del amigo difunto, como por los hermanos de las demás comunidades, siempre que se adapten oportunamente.

74. El momento más oportuno para este encuentro de oración es la tarde, cuando al caer las primeras sombras se encienden las luces, símbolo transparente del acontecimiento de gracia que se realiza en el misterio de la muerte: terminada la jornada terrenal, el hermano difunto pasa de las tinieblas del mundo a la última, divina Luz, que no tiene ocaso.

75. Es conveniente que junto al cadáver este un solo cirio o lámpara de aceite, que se encenderá durante la celebración.

RITO DE INTRODUCCIÓN

76. La celebración se inicia oportunamente con un canto que exprese la fe de los discípulos del Señor en la vida futura.

77. Luego, el que preside invita a los hermanos a alabar a Dios, con estas palabras u otras semejantes:

Bendito sea Dios Padre,
Señor de la vida y de la muerte. A él la gloria y el honor
ahora y siempre por los siglos de los siglos.

Todos:

Amén.

Bendito sea Dios Hijo,
Rey inmortal, vencedor de la muerte. A ella sabiduría y la bendición
ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Todos:

Amén.

Bendito sea Dios Espíritu Santo,
Aliento de vida, Fuego divino, luz inextinguible. A Él el poder y la alabanza
ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

Todos:

Amén.

78. Si las circunstancias lo aconsejan, el que preside introduce la vigilia de oración con una monición, por ejemplo:

Hermanos, nos hemos reunido a esta hora de la noche para elevar a Dios oraciones y suplicas por N., siervo de Santa María, nuestro hermano, que ha cerrado los ojos a la luz temporal para volver a abrirlos al fulgor eterno. Sabemos, en efecto, que el destino del hombre no termina en las tinieblas de la muerte, sino en la luz y en la vida.

Encomendemos, pues, a nuestro hermano: ahora el esta ante el Padre, fuente de vida; ante Cristo, lámpara gozosa de la Ciudad eterna; ante el Espíritu, que ilumina y es fuego divino. Símbolo de esta certeza es la lámpara que encendemos en el curso de la celebración.

79. Sigue la recitación de algunas estrofas del Salmo 103, himno a Dios Creador: mediante el misterio de la muerte el hombre, que ya por Cristo ha transformado en "creatura nueva" (2Co 5, 17), se dirige hacia la novedad total, la creación imperecedera.

Salmo 103
(1-4, 13-15, 19-23, 27-20, 32-34)

Himno a Dios creador

La creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios (Rom 8, 19).

Bendice, alma mía, al Señor: *
¡Dios mío, que grande eres!
Te vistes de belleza y majestad, *
la luz te envuelve como un manto.

Extiendes los cielos como una tienda, *
construyes tu morada sobre las aguas;
las nubes te sirven de carroza, *
avanzas en las alas del viento;
los vientos te sirven de mensajeros; *

el fuego llameante, de ministro.

Desde tu morada riegas los montes, *
y la tierra se sacia de tu acción fecunda;
haces brotar hierba para los ganados. *
y forraje para los que sirven al hombre.

El saca pan de los campos,*
y vino que le alegra el corazón;
y aceite que da brillo a su rostro. *
y alimento que le da fuerzas.

Hiciste la luna con sus fases, *
el sol conoce su ocaso.
Pones las tinieblas y viene la noche *
y rondan las fieras de la selva;
los cachorros rugen por la presa, *
reclamando a Dios su comida.

Cuando brilla el sol, se retiran, *
y se tumban en sus guaridas;
el hombre sale a sus faenas, *
a su labranza hasta el atardecer.

Todos ellos aguardan *
a que les echas comida a su tiempo:
se la echas, y la atrapan; *
abres tu mano, Y se sacian de bienes;

Escondes tu rostro, y se espantan; *
les retiras el aliento, y expiran
y vuelven a ser polvo;
envías tu aliento, y los creas, *
y repueblas la faz de la tierra.

Gloria a Dios para siempre, *
goce el Señor con sus obras.
Cuando el mira la tierra, ella tiembla; *
Cuando toca los montes, humean.

Cantare al Señor mientras viva, *
tocaré para mi Dios mientras exista:
que le sea agradable mi poema, *
y yo me alegraré con el Señor.

Gloria al Padre, y al Hijo, *
y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre, *
par los siglos de los siglos. Amén.

80. Al terminar el salmo, el que preside pronuncia la siguiente oración:

No escondas tu rostro, oh Señor,
a nuestro hermano N., siervo de Santa María; no apartes de el tu Espíritu,
que lo embista tu aliento vital,
que renueva en el hombre tu imagen,
para que viva siempre en ti
y cante para siempre el himno de la nueva creación.
Por Cristo nuestro Señor.

Todos:

Amén.

LITURGIA DE LA LUZ

81. La celebración prosigue con el canto de un himno a Cristo, luz del mundo, o a Cristo, vencedor de la muerte, o de otro himno que exprese conceptos de luz, de resurrección y de vida; aquí se propone el célebre Φως ιλαρον (luz radiante) de la liturgia oriental. Vienen a continuación el Salmo 141, súplica de un hombre que, sufre y que se encuentra en grave peligro, en el cual la tradición cristiana ha escuchado la voz de Cristo que suplica al Padre ser librado de la angustia de la pasión y pide la vida nueva de la resurrección; y el cántico de 1a Carta a los Filipenses, 2, 6-11, "himno pascual", celebración del Siervo sufriente que ha vivido la experiencia humana hasta la muerte, y cuya fidelidad ha premiado el Padre glorificándolo y haciéndole sentar a su derecha.

El que preside enciende la lámpara colocada junto al cadáver del hermano difunto. En las demás comunidades se puede encender el cirio pascual, o las velas del altar y otra lámpara que se encuentre en el santuario.

Himno del lucernario

“Yo he venido al mundo como luz” (Jn 12, 46)

Cristo, luz radiante
de la gloria divina
del eterno, santo,
bienaventurado Padre,

al ocaso del sol,
en el crepúsculo de la tarde,
cantamos un himno
al Padre, al Hijo
y al Espíritu.

Es justo que llegue a ti
en todo tiempo la alabanza
de voces puras,
oh Hijo de Dios,
que das la vida.

Por esto

el Universo
te glorifica, aleluya.

Ant. 1 Tu morada luminosa me acoge, oh Señor;
a la sombra de tus alas yo encuentro la paz.

O bien:

Señor, tu eres mi dicha en la tierra de los vivos.

O bien:

Me has librado de la cárcel de la muerte: doy gracias a tu nombre, aleluya.

SALMO 141

Tu eres mi refugio

"Ahora mi alma está agitada... Padre, glorifica tu nombre". Se oyó entonces una voz que decía: "Lo he glorificado y volveré a glorificarlo" (Jn 12, 27-28).

A voz en grito clamo al Señor, *
a voz en grito suplico al Señor;
desahogo ante el mis afanes, †
expongo ante el mi angustia, *
mientras me va faltando el aliento. **[Ant.]**

Pero tú conoces mis senderos, †
y que en el camino por donde avanzo *
me han escondido una trampa. **[Ant.]**

Me vuelvo a la derecha y miro: *
nadie me hace caso;
no tengo a dónde huir, *
nadie mira por mi vida. **[Ant.]**

A ti grito, Señor †
te digo: "Tu eres mi refugio *
y mi heredad en el país de la vida". **[Ant.]**

Atiende a mis clamores, *
que estoy agotado;
líbrame de mis perseguidores, *
que son más fuertes que yo. **[Ant.]**

Sácame de la prisión, *
y daré gracias a tu nombre:
me rodearán los justos *
cuando me devuelvas tu favor. **[Ant.]**

Gloria al Padre, y al Hijo, *
y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre, *
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. 1 Tu morada luminosa me acoge, oh Señor;
a la sombra de tus alas yo encuentro la paz.

O bien:

Señor, tu eres mi dicha en la tierra de los vivos.

O bien:

Me has librado de la cárcel de la muerte: doy gracias a tu nombre, aleluya.

Ant. 2 El Padre nos ha librado del poder de las tinieblas
y nos ha trasladado al reino de su Hijo amado.

Cántico
(Flp 2, 6-11)
Cristo, siervo de Dios

Cristo, a pesar de su condición divina*
no hizo alarde de su categoría de Dios,
al contrario, se anonado a sí mismo, †
y tomo la condición de esclavo, *
pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera †
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte*
y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo *
y le concedió el "Nombre, sobre-todo-nombre";
de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble *
en el cielo, en la tierra, en el abismo
y toda lengua proclame: *
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Gloria al Padre, y al Hijo, *
y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre, *
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. 2 El Padre nos ha librado del, poder de las tinieblas
y nos ha trasladado al reino de su Hijo amado.

83. Sigue la lectura de textos sacados de la Sagrada Escritura o de otros escritos apropiados para la circunstancia, alternándolos con momentos de silencio. Si se lee algún paso del Evangelio, será conveniente anteponerle un canto aleluyático, por ejemplo:

a) *R.* Aleluya, aleluya.

Nuestra patria está en el cielo,
de donde esperamos al Salvador, Jesucristo. *R.* Aleluya.

Flp 3, 20

b) *R.* Aleluya, aleluya.

Jesucristo es el primogénito de entre los muertos;
a él la gloria y el poder
por los siglos de los siglos. Amén.
R. Aleluya.

Ap 11, 5.6

c) *R.* Aleluya, aleluya.

Dichosos los que mueren en el Señor;
que descansen ya de sus trabajos
pues sus obras los acompañan.
R. Aleluya.

Ap 14, 13

d) *R.* Aleluya, aleluya.

Tú tienes compasión de todos
y no desprecias nada de lo que has creado,
Señor que amas la vida.
R. Aleluya.

Sab 11, 23.26

e) *R.* Aleluya, aleluya.

Esta es la voluntad de mi Padre:
que yo no pierda nada de lo que él me ha dado,
sino que lo resucite en el último día.
R. Aleluya.

Jn 6, 39

f) *R.* Aleluya, aleluya.

Ha llegado ya la hora, para este hermano nuestro,
de reposar en el seno del Padre celestial;
nosotros, los que continuamos el camino
hacia la Fuente de vida,
estemos cerca de él, cantando himnos de alabanza.
R. Aleluya.

84. En seguida el que preside pronuncia la homilía, la cual, por el carácter específico de la celebración, puede desarrollarse en forma de diálogo fraterno; en ello encontrará un sitio oportuno la lectura de la eskuela biográfica del hermano difunto. Si no se pronuncia la homilía, conviene que las lecturas sean seguidas por una pausa de silencio meditativo.

85. Después de escuchar la Palabra, la comunidad eieva su oración de intercesión por el hermano difunto. Aquí se proponen algunos esquemas, dejando a la iniciativa de la comunidad la posibilidad de escoger otras formas de intercesión.

En los formularios siguientes, cada oración está constituida por una parte pronunciada por el que preside y por otra parte (R.) recitada por la asamblea, que varía según el contenido de la oración misma. De no ser posible esta secuencia, por circunstancias particulares, el que preside recita toda la oración de intercesión y la asamblea responde con una invocación común, por ejemplo: *R. Señor, acoge en tu paz a nuestro hermanos N.*

I

Murió esperando en ti

86. Dios Padre, alba de la Luz
y fuente del Amor,
te suplicamos, oh Creador,
magnánimo y misericordioso:

R. Ten piedad de tu hijo N.,
que murió esperando en ti.

Dios Hijo, Sabiduría eterna,
Unigénito del Padre, primogénito de la creación,
Te pedimos, oh Salvador,
clementísimo Redentor:

R. Ten piedad de tu hermano N.,
que murió esperando en ti.

Dios Espíritu Santo,
soplo de vida y fuente de gracia,
te suplicamos, oh Santificador,
don inefable y fuego que purifica:

R. Ten piedad de tu templo viviente N.,
que murió esperando en ti.

Dios inmortal, Trinidad santa,
Padre, Hijo y Espíritu de Amor,
te imploramos, principio y fin del universo,
gloria feliz de los redimidos:

R. Ten piedad de tu siervo N.,
que murió esperando en ti.

II

Retorno a la casa del Padre

87. Padre, Santo de los santos, misericordia infinita,
qué esperas el retorno del hombre
para darle la vestidura inmortal

y saciarlo de tu amor:

R. Acoge benignamente a tu Hijo N.,
que hoy ha atravesado el umbral de la casa paterna.

Hijo primogénito, luz de la luz,
que has disipado las tinieblas del pecado
y, como Pastor bueno, has llevado sobre tus hombros
Juntamente con la cruz, a la oveja descarriada:

R. Sana las heridas de este hermano tuyo N.,
y envuélvelo en tu luz, que, une el alba y el ocaso.

Espíritu increado, que renuevas el Universo
manantial de agua viva,
fuente de la llama del amor,
fuerza que hace fecunda a la Iglesia:

R. Sé eternamente para nuestro hermano N.,
que fue tu morada santa, Espíritu de vida,
bautismo nuevo en el fuego divino.

Padre celestial, Sabiduría eterna don inefable,
Trinidad santa, principio del ser:
esperanza última de la creación:

R. Abre tus brazos a tu siervo N.,
y acógelo en la paz de tu luz,
en el gozo de tu amor.

III

En la morada de luz

88. Cristo, reunidos a la hora
en que tu siervo N.
ha dejado la vida terrena,
te suplicamos diciendo:
el que contigo terminó su camino,
también contigo llegue a la Ciudad de la vida:

R. Haz que nuestro hermano descansa
en la morada de luz de tu Padre.

Cristo, vida de la vida,
luz de la luz,
hijo de la Virgen Madre,
que nos has renovado en la sagrada fuente
y por tu gracia nos has salvado

de la muerte primera:

R. Haz que nuestro hermano descanse
en la morada de luz de tu Padre.

Cristo, palabra viviente y creadora,
que resucitaste a la hija de Jairo,
devolviste a la vida su único hijo,
y libraste a Lázaro de las cadenas del sepulcro:
despierta del sueño de la muerte
a tu amigo N., siervo de Santa María:

R. Haz que nuestro hermano descanse
en la morada de luz de tu Padre.

Cristo, Juez de los vivos y de los muertos,
cuyo retorno esperan confiadamente los justos
para resucitar gloriosos al escuchar tu voz:
acoge, en la espera del último día,
a tu siervo N., que vivió esperando en tí.

R. Haz que nuestro hermano descanse
en la morada de luz de tu Padre

IV

Revístelo de luz gloriosa

89. Espíritu increado, luz sin ocaso, vida eterna,

R. Ven, disipa en tu siervo N.
la niebla del pecado y revístelo de luz gloriosa.

Espíritu de verdad, misterio escondido, realidad inefable,

R. Ven, disipa en tu siervo N.
la niebla del pecado y revístelo de luz gloriosa.

Espíritu de Amor, alegría eterna, consolador del hombre,

R. Ven, disipa en tu siervo N.
la niebla del pecado y revístelo de luz gloriosa.

Espíritu creador, palabra de paz esperada,
despertar de los que duermen en Cristo,

R. Ven, disipa en tu siervo N.
la niebla del pecado y revístelo de luz gloriosa.

Espíritu santificador, fuente de gracia, corona de gloria,

R. Ven, disipa en tu siervo N.
la niebla del pecado y revístelo de luz gloriosa.

V

Condúcelo a las fuentes del agua viva

90. Salve, Madre de Dios,
que hiciste caer sobre la tierra humana el rocío de la vida:

R. Intercede por tu siervo N.
y condúcelo a las fuentes del agua viva.

Salve, nube luminosa,
que engendraste al Verbo de vida,
nube llena de gracia:

R. Intercede por tu siervo N.
y condúcelo a las fuentes del agua viva.

Salve, nueva Eva,
por ti ha sido destruida la antigua maldición,
por ti ha venido a nosotros el fruto nuevo de la vida:

R. Intercede por tu siervo N.
y condúcelo a las fuentes del agua viva.

Salve, ciudad del Altísimo, madre de los pueblos,
a quien todas las generaciones cantan:
"mis fuentes están en ti":

R. Intercede por tu siervo N.
y condúcelo a las fuentes del agua viva.

Salve, Señora de la nueva Alianza,
que bajo la cruz escuchaste
el grito de sed de tu Hijo:

R. Intercede por tu siervo N.
y condúcelo a las fuentes del agua viva.

Salve, Madre del Resucitado,
oriente Espiritual de donde salió para nosotros Cristo,
luz de nuestros rostros:

R. Intercede por tu siervo N.
y condúcelo a las fuentes del agua viva.

Rito de conclusión

91. Después de la oración de intercesión, se canta el Cántico de Simeón que en la tradición cristiana es una plegaria que cierra la jornada terrena y la de la vida.

Ant. Sálvanos, Señor, despiertos, protégenos mientras dormimos,
para que velemos con Cristo y descansemos en paz.

Ahora, Señor, según tu promesa,
puedes dejar a tu siervo irse en paz,

porque mis ojos han visto a tu Salvador,
a quien has presentado ante todos los pueblos:

luz para alumbrar a las naciones
y gloria de tu pueblo Israel.

Gloria al Padre, y al Hijo,
y al Espíritu Santo,
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Sálvanos, Señor, despiertos, protégenos mientras dormimos,
para que velemos con Cristo y descansemos en paz

ORACIÓN

92. Oh Dios, que das la vida y destruyes la muerte,
acoge a tu siervo N.,
que [hoy] ha dejado nuestra fraternidad
para volver a ti:
brille sobre él, Señor, la luz que no tiene noche;
sea inmensa la paz para este hermano
que ha recorrido, el camino del evangelio
en la alegría y en el trabajo de una vida
vivida al servicio de la Virgen.
Por Cristo nuestro Señor.

Todos:
Amén.

93. Si la celebración se ha realizado en torno al cuerpo del hermano o de la hermana difunto, el que preside, si lo cree oportuno, rocía con agua bendita el féretro, en silencio o pronunciando estas u otras palabras adecuadas:

Que se cumpla en ti con plenitud
el Bautismo del agua y del Espíritu,
para que, asociado a la muerte de Cristo,
vivas su resurrección.

Todos:
Amén.

94. Luego, el que preside glorifica a Dios, principio y término de la vida, y bendice a los presentes con esta fórmula o con otra adecuada:

Te glorificamos, Padre clementísimo,
que enviaste sobre la tierra al Pastor bueno,
para que hiciera volver al cielo a la oveja perdida.

Todos:
Gloria a ti, oh Padre, fuente de la vida.

El que preside:

Te alabamos,
oh Cristo, hijo de Dios e hijo, de la Virgen,
que con tu muerte y resurrección restauraste
en el hombre, la imagen, divina.

Todos:
Gloria a ti, oh Cristo, vencedor de la muerte

El que preside:

Te bendecimos,
oh Espíritu creador, soplo fecundo,
que alimentaste en el hombre la vida inmortal.

Todos:
Gloria a ti, oh Espíritu Santo, amor eterno.

El que preside:

La gracia y la vida de Dios omnipotente,
Padre, Hijo + y Espíritu Santo.
descienda sobre vosotros y permanezca para siempre.
Todos: Amén.

Y los despide diciendo:

No estemos tristes
como los que no tienen esperanza.
Vayamos en paz.

Todos:
Demos gracias a Dios.

95. La celebración concluye con el canto del "*Regina caeli*" o de la "*Salve, Regina*" o de otro himno en honor de la Virgen, primer fruto de la resurrección de Cristo.